

I

Tras el atardecer se espesó la niebla de aquel día desahagible. Te sientes como si te introdujeras a la fuerza en esa inconsistente sustancia húmeda, que se cierra tras de ti sin vuelta atrás. Querrías estar en casa. En casa, junto a tu lámpara, en una caja de cuatro paredes. Nunca te habías sentido tan desahagido.

Prokop se abre camino por la orilla del río. Tiene escalofríos y la frente empapada del sudor de la debilidad; querría sentarse allí, en aquel banco mojado, pero teme a los guardias. Le parece que va haciendo eses; sí, junto a Staroměstské Mlýny alguien dio un rodeo para evitarlo, como a un borracho. Así que en este momento hace acopio de todas sus fuerzas para ir recto. Ahora, ahora camina hacia él un hombre, tiene el sombrero calado hasta los ojos y las solapas subidas. Prokop aprieta los dientes, frunce el ceño, tensa todos sus músculos para pasar por delante de él de modo impecable. Pero, justo un paso antes de alcanzar al peatón, se hace la oscuridad en su cabeza y el mundo entero gira de pronto con él;

de repente ve cerca, muy cerca, un par de ojos penetrantes, como si se clavaran en él, choca con el hombro de alguien, deja salir de su boca algo como «disculpe» y se aleja con crispada dignidad. Tras unos cuantos pasos se detiene y mira hacia atrás; aquel hombre está parado y lo mira fijamente. Prokop se recupera y se marcha un poco más rápido; pero no puede evitarlo, debe girarse a mirar de nuevo; y ¡aha!, ese hombre sigue de pie mirándolo, incluso, con la misma atención, ha sacado la cabeza por encima de las solapas como una tortuga. «Que mire», piensa Prokop intranquilo, «ahora ya ni me voy a dar la vuelta». Y sigue caminando lo mejor que puede; de repente oye pasos a su espalda. El hombre con las solapas subidas va tras él. Le parece que corre. Y Prokop, presa de un terror insoportable, se da a la fuga.

El mundo comenzó a girar de nuevo con él. Jadeante, castañeteando los dientes, se apoyó en un árbol y cerró los ojos. Se encontraba horriblemente mal, temía caer, que le reventara el corazón y le saliera la sangre a borbotones por la boca. Cuando abrió los ojos, vio justo frente a él al hombre de las solapas subidas.

—¿No es usted el ingeniero Prokop? —le preguntó el hombre, obviamente no por primera vez.

—Yo... yo no estaba allí —intentó mentir Prokop.

—¿Dónde? —preguntó el hombre.

—Allí —dijo Prokop, y señaló con la cabeza hacia algún lugar en dirección al barrio de Strahov—. ¿Qué quiere de mí?

—¿Es que no me reconoces? Soy Tomeš. Tomeš, de la politécnica, ¿no caes ahora?

—Tomeš —repitió Prokop, aunque le daba infinitamente igual qué nombre fuera—. Sí, Tomeš, cómo no. ¿Y qué... qué quiere de mí?

El hombre con las solapas subidas cogió a Prokop del brazo.

—Espera, ahora te vas a sentar, ¿entiendes?

—Sí —dijo Prokop, y se dejó llevar a un banco—. Es que yo... no me siento bien, ¿sabe? —de repente dejó caer del

bolsillo una mano, vendada con un trapo sucio—. Herido, ¿sabe? Un asunto endiablado.

—¿Y no te duele la cabeza? —dijo el hombre.

—Sí.

—Entonces escucha, Prokop —dijo el hombre—. Ahora tienes fiebre o algo por el estilo. Tienes que ir al hospital, ¿sabes? Estás mal, eso está claro. Pero al menos trata de recordar que nos conocemos. Soy Tomeš. Íbamos juntos a química. ¡Hombre, haz memoria!

—Ya lo sé, Tomeš —dijo Prokop con voz débil—. Ese canalla. ¿Qué le pasa?

—Nada —dijo Tomeš—. Está hablando contigo. Debes irte a la cama, ¿entiendes? ¿Dónde vives?

—Allí —se esforzó en decir Prokop, y señaló hacia algún lugar con la cabeza—. Cerca... cerca de Hybšmonka —de repente intentó levantarse—. ¡No quiero ir allí! ¡No vaya allí! Allí está... allí está...

—¿Qué?

—La krakatita —susurró Prokop.

—¿Qué es eso?

—Nada. No lo diré. Nadie debe ir allí. O... o...

—¿Qué?

—¡Fiuuuuu, bum! —emitió Prokop lanzando la mano a lo alto.

—¿Qué es eso?

—Kratatoe. Kra-ka-tau. Un volcán. Vol-volcán, ¿sabe? Eso me... arrancó el pulgar. No sé qué... —Prokop se detuvo y añadió despacio—: Eso es algo horrible, amigo.

Tomeš miraba con atención, como si esperara algo.

—Así que —empezó a decir tras un instante—, ¿todavía sigues trabajando con explosivos?

—Sigo.

—¿Con éxito?

Prokop emitió algo parecido a una risa.

—¿Querrías saberlo, no? Desgraciadamente, eso no es así de fácil. No es... no es así de fácil —repió, balanceando la

cabeza como borracho—. Amigo, eso por sí mismo, por sí mismo...

—¿Qué?

—La kra-ka-ti-ta. Krakatita. Krrrrrakatita. Y eso por sí mismo... Yo dejé sólo polvo en la mesa, ¿sabes? Lo demás lo amontoné en una caja. Que-quedaó sólo una capa de polvo en la mesa..., y de repente...

—... aquello explotó.

—Explotó. Sólo una capa, sólo el polvo que dejé caer. Ni siquiera se veía. Ahí... la bombilla... un kilómetro más allá. No fue la bombilla. Y yo... en la poltrona, como un tronco. Ya sabes, cansado. Demasiado trabajo. Y de repente... ¡bum! Salí despedido hacia el suelo. Rompió las ventanas y... adiós bombilla. Una detonación como—como cuando estalla un cartucho de lyddita. Una fuerza explosiva horrible. Yo-yo pensé primero que había reventado esa por-porcena... pon-ce... por-ce-lana, polcelana, porcenala, poncelara, rápido, cómo se..., eso blanco, sabes, el aislante, ¿cómo se llama? Si-li-cato de aluminio.

—Porcelana.

—La caja. Pensé que había reventado la caja, del todo. Así que enciendo una cerilla, y la caja está allí entera, está entera, está entera. Y yo... petrificado... hasta que la cerilla me quemó los dedos. Y fuera... a través del campo... a oscuras... hacia la zona de Břenov o Střešovice... Yy en algún sitio se me ocurrió esa palabra. Krakatoe. Krakatita. Kra-ka-ti-ta. Nono, nonono fue así. Al explotar, salgo despedido hacia el suelo y grito krakatita. Krakatita. Después me olvidé de ello. ¿Quién está ahí? ¿Quién... quién es usted?

—Tu compañero Tomeš.

—Tomeš, aha. ¡Ese desgraciado! Solía pedirme prestados los apuntes de clase. No me devolvió un cuaderno de química. Tomeš, ¿cómo era su nombre?

—Jiří.

—Ya lo sé, Jirka. Tú eres Jirka, ya lo sé. Jirka Tomeš. ¿Dónde tienes el cuaderno? Espera, te voy a decir una cosa. Cuan-

do salte por los aires lo que queda, tendremos problemas. Amigo, eso hará trizas Praga entera. La barrerá. La borrará del mapa, ¡fiu! Cuando salte por los aires esa cajita de porcelana, ¿sabes?

—¿Qué cajita?

—Eres Jirka Tomeš, ya lo sé. Ve a Karlín. A Karlín o a Vysočany, y mira cómo salta por los aires. ¡Corre, corre, rápido!

—¿Por qué?

—Hice un quintal de eso. Un quintal de krakatita. No, quizás... quizás ciento cincuenta gramos. Allí arriba, en aquella cajita de por-ce-lana. Amigo, cuando salte por los aires... Pero espera, eso no es posible, es un sinsentido —farfulló Prokop agarrándose la cabeza.

—¿Y bien?

—¿Por-por-por qué no explotó también en aquella caja? Si el polvo... por sí mismo... Espera, sobre la mesa hay una plancha... plancha... de ci-cinc... ¿Por qué razón explotó en la mesa? Es-pera, calla, calla —murmuró Prokop entre dientes y, tambaleándose, se levantó.

—¿Qué te pasa?

—La krakatita —refunfuñó Prokop, su cuerpo hizo una especie de movimiento de rotación y cayó rodando al suelo desmayado.

II

Lo primero de lo que fue consciente Prokop fue que todo a su alrededor temblaba en un chirriante traqueteo y que alguien lo agarraba con firmeza por la cintura. Tenía un miedo horrible a abrir los ojos; pensaba que todo se iba a precipitar sobre él. Pero como aquello no paraba, abrió los ojos y vio ante sí un rectángulo opaco por el que se desplazaban nebulosos círculos y rayas de luz. No sabía cómo explicarlo; miraba confundido aquellos espectros que iban pasando y

dando saltos, entregado pasivamente a todo lo que le pudiera ocurrir. Después comprendió que aquel febril traqueteo eran las ruedas de un carruaje y que fuera iban pasando sólo las farolas en la niebla; y cansado de tanto mirar, cerró de nuevo los ojos y se dejó llevar.

—Ahora te vas a echar —dijo susurrando una voz sobre su cabeza—; te tomarás una aspirina y te sentirás mejor. Por la mañana traeré al doctor a verte, ¿de acuerdo?

—¿Quién está ahí? —preguntó Prokop adormilado.

—Tomeš. Estás en mi casa, Prokop. Tienes fiebre. ¿Dónde te duele?

—En todas partes. La cabeza me da vueltas. Así, ¿sabes...?

—Tú quédate ahí tumbado en silencio. Te prepararé un té y dormirás un rato. Es cosa de la excitación, ¿sabes? Una especie de fiebre nerviosa. Se te pasará de aquí a mañana.

Prokop frunció el ceño en un esfuerzo por recordar.

—Ya sé —dijo tras un instante con preocupación—. Escucha, alguien debería tirar esa caja al agua. Para que no explote.

—No te preocupes. Ahora no hables.

—Y... yo quizás podría sentarme. ¿No peso demasiado?

—No, quédate tumbado.

—... Y tienes mi cuaderno de química —recordó Prokop de repente.

—Sí, te lo daré. Pero ahora tranquilo, ¿me oyes?

—Tengo la cabeza tan pesada...

Entretanto el coche de caballos traqueteaba calle arriba por Ječná. Tomeš silbaba flojito una melodía y miraba por la ventana. Prokop respiraba roncamente emitiendo un gemido apagado. La niebla humedecía las aceras y penetraba incluso por debajo del abrigo con su baba, fría y húmeda; las calles estaban desiertas y era tarde.

—Ya llegamos —dijo Tomeš en voz alta. El coche se puso a traquetear con energías renovadas en la plaza y giró a la derecha—. Espera, Prokop, ¿puedes dar un par de pasos? Te ayudaré.

Con esfuerzo, Tomeš arrastró a su invitado hasta el segundo piso. A Prokop le parecía que era ligero y no tenía peso, y prácticamente se dejó llevar escaleras arriba; pero Tomeš resollaba y se limpiaba el sudor.

—Mira, soy como una pluma—dijo sorprendido Prokop.

—Sí, seguro —rezongó el sofocado Tomeš mientras abrió la puerta de su piso.

Prokop se sentía como un niño pequeño mientras Tomeš le quitaba la ropa.

—Mi mamá —comenzó a relatar—, cuando mi mamá, hace ya, hace ya mucho tiempo, papá estaba sentado a la mesa, y mamá me llevaba a la cama, ¿entiendes?

Después, ya en la cama, tapado hasta la barbilla, le castañeteaban los dientes y miraba cómo Tomeš se afanaba junto a la chimenea y encendía rápidamente un fuego. Le entraron ganas de llorar por la emoción, la pena y la debilidad, y farfullaba sin parar; se tranquilizó una vez que tuvo en la frente una compresa fría. En ese momento contempló en silencio la habitación; se podía sentir el olor a tabaco y a mujer.

—Eres un canalla, Tomeš —dijo con seriedad—. Sigues siendo un mujeriego.

Tomeš se volvió hacia él.

—Bueno, ¿y qué?

—Nada. ¿En qué trabajas exactamente?

Tomeš hizo un gesto de desdén con la mano.

—Una miseria, amigo. Estoy sin blanca.

—De juerga.

Tomeš negó con la cabeza.

—Pues es una pena lo que pasa contigo, ¿sabes? —comenzó a decir Prokop con preocupación—. Tú podrías... Mira, yo llevo trabajando ya doce años.

—¿Y qué has conseguido? —objetó Tomeš con displicencia.

—Bueno, algo de vez en cuando. Este año he vendido dextrina explosiva.

—¿Por cuánto?

—Por diez mil. Sabes, no es nada, una bobada. Un petardo de lo más tonto, para una mina. Pero si quisiera...

—¿Te encuentras ya mejor?

—Estupendamente. ¡Yo he descubierto métodos! Amigo, el nitrato de cerio, eso sí que es una bestia apasionada; y el cloro, el cloro, el tricloruro de nitrógeno se inflama con la luz. Enciendes una bombilla, y ¡bum! Pero eso no es nada. Mira —explicó, sacando de repente de debajo de la manta una mano demacrada, horriblemente mutilada—, cuando cojo algo en la mano, yo... siento en su interior el zumbido de los átomos. Exactamente como un hormigueo. Cada sustancia tiene un hormigueo diferente, ¿entiendes?

—No.

—Es la fuerza, ¿sabes? La fuerza de la materia. La materia es extremadamente fuerte. Yo... yo puedo palpar ese bullir en ella. Lo mantiene a raya... con gran esfuerzo. En cuanto abres una grieta en su interior, se desintegra, ¡bum! Todo es una explosión. Cuando se abre una flor, eso es una explosión. Cada pensamiento es una especie de estallido en el cerebro. Cuando me das la mano, siento cómo algo explota en ti. Yo tengo un sentido del tacto extraordinario, amigo. Y oído. Todo emite un zumbido, como los polvos efervescentes. No son otra cosa que pequeñas explosiones. Tengo la cabeza como una olla de grillos... Ratatata, como una ametralladora.

—Bien —dijo Tomeš—, y ahora trágate esta aspirina.

—Sí. Aspirina explosiva. Ácido acetilsalicílico perclorado. Eso no es nada. Amigo, yo he descubierto explosivos exotérmicos. En realidad todas las sustancias son explosivos. El agua... el agua es un explosivo. La arcilla... y el aire son explosivos. Las plumas, las plumas del edredón son también un explosivo. ¿Sabes?, por ahora esto sólo tiene significado teórico. Yo he descubierto explosiones atómicas. Yo... yo... yo he llevado a cabo explosiones alfa. Se des-in-te-gra en partículas de carga positiva. Nada de termoquímica. Des-truc-ción. Química destructiva, amigo. Es algo impresionante, Tomeš, puramente científico. Tengo en casa unas tablas... ¡Si tuviera

los aparatos! Pero yo sólo tengo ojos... y manos... ¡Ya verás cuando escriba todo esto!

—¿No tienes ganas de dormir?

—Sí. Hoy... estoy... cansado. ¿Y qué has estado haciendo tú todo este tiempo?

—Bueno, nada. La vida.

—La vida es un explosivo, ¿sabes? ¡Bum, una persona nace y se desintegra, bum! Y a nosotros nos parece que tarda dios sabe cuántos años, ¿verdad? Espera, ahora he confundido algo, ¿no?

—Todo en orden, Prokop. Es posible que mañana yo haga bum. O sea, a no ser que tenga dinero. Pero da igual, viejo amigo, tú duermes.

—Yo te podría prestar algo, ¿no quieres?

—Déjalo. No tendrías suficiente. Quizás mi padre... — Tomeš agitó la mano.

—Así que tú todavía tienes padre —dijo Prokop tras un instante con repentina suavidad.

—Pues sí. Doctor en Týnice —Tomeš se levantó y comenzó a pasearse por la habitación—. Es una miseria, amigo, una miseria. Lo tengo crudo, ¡sí! Pero no te preocupes por mí. Yo ya... haré algo. ¡Duerme!

Prokop se tranquilizó. Con los ojos entreabiertos vio cómo Tomeš se sentaba frente a la mesa y revolvía unos papeles. En cierto modo le resultaba dulce oír el crujido de los papeles y el sordo rugido del fuego en la chimenea. El hombre inclinado sobre la mesa apoyó la cabeza en la palma de una mano; quizás ni siquiera respiraba; y a Prokop le parecía que estaba tumbado en su casa y que veía a su hermano mayor, a su hermano Josef, estudiando libros de electrotécnica para hacer mañana un examen. Prokop cayó en un sueño febril.